El Espantapájaros

Damian Jewel Olhouser

Capítulo 1

Jamás debí entrometerme con su esposa. Esa arpía pelirroja fue mi perdición desde el primer día en que la vi, y su marido, el verdugo que rebanó mi cuello en cuanto tuvo una oportunidad.

Años han pasado ya desde aquel suceso, pero lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Recuerdo el sonido de la vieja ranchera, conducida por el hombre que sentenció mi vida, atravesando el camino de los maizales a toda prisa y llegando a la casa de campo, obligándonos a detener nuestro acto de amor y a vestirnos rápidamente. Aún oigo el impacto de la puerta de la camioneta al ser cerrada violentamente, y las botas altas del esposo recorriendo la casa para encontrarme, mientras le gritaba ferozmente a la mujer. Recuerdo ver la oscuridad en aquella pequeña habitación, sentir los abrigos colgados a mi lado, y oír la manecilla del armario moviéndose lentamente. Todavía siento el impacto de la culata de su escopeta en mi cabeza, la cual me dejo inconsciente unos largos minutos.

Pude recobrar el sentido viendo el atardecer, y oyendo cuervos y otras especies de aves en el cielo. Me encontraba erguido, pero sin apoyar los pies, viendo el horizonte y el sol ocultándose lentamente. Mis pies flotaban a unos pocos centímetros del piso. Pronto comprendí que me encontraba atado a un tronco fino, y con los brazos estirados a ambos lados, simulando una cruz.

El crujir de las hojas secas del maizal, me alertaron en aquel momento de que alguien se acercaba a paso firme y lento a mis espaldas. Metro a metro fue arribando a mi ubicación, y una vez cerca, sin mediar palabras comenzó a rociar un líquido sobre mi ser, cubriendo gran parte de mi cuerpo. Inmediatamente, por su característico olor, comprendí que se trataba de gasolina.

Una vez frente a mí, pude observar que la mirada del esposo era incorruptible desde todos los ángulos, y allí comprendí cual era el final de mi historia. El pecado que había cometido marcó mi destino y su fe, condeno a mi alma a vivir perdido en un punto ciego entre el cielo y el infierno.

- Y como manifiesta Santiago 1:13-15: "Cuando uno es tentado, no diga que es tentado por Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal y Él mismo, no tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia pasión. Entonces, cuando la pasión ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, engendra la muerte." – Concluyó el hombre, cerrando su Biblia y argumentado así, ante la palabra de Dios, su acción venidera.

Sacó una pequeña caja de fósforos del bolsillo izquierdo de su pantalón, tomó un cerillo y frotó la cabeza del mismo sobre el raspador, encendiendo el pequeño trozo de madera. Sin titubear arrojó el fósforo sobre mí y las llamas rápidamente se apoderaron de todo mi cuerpo.

Hoy mi cuerpo se encuentra inmóvil y frío. Soportando los vientos y la soledad; la lluvia y la nostalgia; el calor y el enojo; el frío y la tristeza. Ayer fui un hombre que solo buscaba amar, hoy solo soy un costal de huesos sujeto en una gran estaca de madera, olvidado por el mundo y reclamado por absolutamente nadie.